

Escripta

Revista de Historia

El rostro de la disidencia: el perfil social de la
guerrilla urbana regiomontana, 1970-1973

The face of dissent: the social profile of the urban guerrilla in
Monterrey, 1970-1973

HÉCTOR DANIEL TORRES MARTÍNEZ

[ORCID.ORG/0000-0003-4775-0653](https://orcid.org/0000-0003-4775-0653)

Recepción: 7 de junio de 2019
Aceptación: 9 de agosto de 2019

EL ROSTRO DE LA DISIDENCIA: EL PERFIL SOCIAL DE LA GUERRILLA URBANA REGIOMONTANA 1970-1973

THE FACE OF DISSENT: THE SOCIAL PROFILE OF THE URBAN GUERRILLA IN MONTERREY 1970-1973

Héctor Daniel Torres Martínez¹

Resumen:

Este artículo tiene como objetivo examinar la composición social de los militantes de las agrupaciones guerrilleras que surgieron en la ciudad de Monterrey durante los primeros años de la década de los setentas de siglo XX. Para ello, se elabora un perfil social que permite identificar quiénes fueron los protagonistas del movimiento armado y cuáles fueron los lazos ente sus miembros. La propuesta metodológica parte de un estudio de caso y se basa en un enfoque social de demografía histórica. La estructura analítica toma en consideración los registros resguardados en los archivos judiciales de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) sobre los militantes detenidos en el periodo de 1972-1973.

Palabras clave: movimiento estudiantil, autonomía universitaria, represión, guerrilla urbana, Monterrey.

Abstract:

This article aims to examine the social composition of the militants of the guerrilla groups that emerged in the city of Monterrey during the first years of the seventies of the 20th century. To this end, a social profile is drawn up to identify who were the protagonists of the armed movement and what were the links between its members. The methodological proposal takes into consideration a case study and is based on a social approach to historical demography. The analytical structure takes into consideration the records kept in the judicial archives of the Federal Security Directorate (DFS) on the militants detained in the 1972-1973 period.

Keywords: student movement, university autonomy, repression, urban guerrilla, Monterrey.

¹ Doctor en Ciencias Sociales por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, hector.daim02@gmail.com;  orcid.org/0000-0002-7747-0241

Introducción

Este trabajo examina la composición social de los militantes de las distintas agrupaciones guerrilleras que surgieron en la ciudad de Monterrey durante los primeros años de la década de los setentas de siglo XX. Se mostrarán los precedentes y los motivos por los cuáles determinados actores sociales decidieron abandonar y rechazar la vía institucional en favor del uso de metralletas y bombas, hasta formar parte de organizaciones guerrilleras. El objetivo principal radica en esclarecer el origen social de los protagonistas del movimiento guerrillero en Monterrey: ¿Quiénes fueron los sujetos de este particular eclosión social armada? ¿A qué sectores de la sociedad pertenecían? Para responder a las interrogantes es indispensable trazar un perfil de cada una de las agrupaciones guerrilleras que surgieron en el entorno regiomontano a través de una demografía histórica.

De acuerdo con T. H. Hollingsworth (1983) consiste en el estudio crítico de los registros históricos de población “la disminución y el crecimiento de las cifras referentes a la humanidad en tiempo y espacio por medio de una combinación de geografía e historia y utilizando estadísticas [...] con miras a deducir factores totalmente nuevos” (pp. 30-33) que posibilite revelar la composición social de estos particulares actores. Ante tal perspectiva se tomaron en consideración, los archivos resguardados en los archivos judiciales de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) sobre los militantes detenidos en el periodo de 1972-1973, periodo en el cual se generaron tales registros. Los parámetros de análisis son: nombre, edad, sexo, lugar de nacimiento, ocupaciones de sus padres, niveles de estudios, espacios de politización y actividades que desempeñaron.

A partir de lo anterior se probará, como hipótesis central, que los protagonistas del movimiento armado no respondieron a motivaciones criminales, ni fueron producto de la sinrazón. Por el contrario, esta particular eclosión rebelde contenía luchadores sociales con alto nivel de preparación académica, los cuales fueron relegados por el Estado mexicano como fanáticos marxistas, bandidos, delincuentes, asaltabancos y/o terroristas, reducidos, desde el discurso público, a categorías criminales. Asimismo, sus actividades fueron señaladas como actos irracionales, cobardes y bárbaros, estrategias generadas por el estado para desacreditar el movimiento y de esa manera “estigmatizar las actividades o las personas que parecen cuestionar la realidad oficial [...] con el fin de desviar la atención de sus exigencias políticas” (Scott, 2004, pp. 81).

Contextualización histórica

Para poder adentrarse en el fenómeno de violencia política suscitado en los primeros años de la década de los setentas y protagonizada principalmente por jóvenes estudiantes, un primer elemento a considerar radica en esbozar algunas líneas generales que permitan ubicar y contextualizar el entorno en el cual surgieron los actores sociales. En este sentido, para nuestro caso de estudio la ciudad de Monterrey jugó un papel clave. Desde inicios del siglo xx había logrado desarrollar un auge en la industria sin precedentes que, a la larga transformó el entorno, de un medio principalmente rural a uno cada vez más urbano y dinamitó la metropolización de la zona, posicionando a la “Sultana del Norte” como una de las tres ciudades más importantes del país, se configuró como una “región dinámica” (Polese y Pérez, 1995, p. 135).

Además, esta ciudad contó con dos centros universitarios que “transformaron la mentalidad regiomontana y la insertaron en la problemática cultural del mundo contemporáneo” (Montemayor, 1971, p. 381). Asimismo, permitieron el desarrollo de cuadros profesionales y de mano de obra calificada que se incorporaría eventualmente a las diversas industrias. Por un lado, se creó la Universidad de Nuevo León (UNL) de carácter público en 1933 (González, 1946, p. 116). Esta casa de estudios se enfocó en las áreas de ciencias exactas (ingenierías), humanísticas y de salud. Por otro lado, en 1943 se fundó por “iniciativa de Eugenio Garza Sada y un grupo de empresarios mexicanos entre los que se destacan predominantemente industriales” (Mendirichaga, 1982, p. 37) el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores (ITESM), cuya oferta académica estaba destinada, principalmente, al sector industrial y comercial.

Sin embargo, hacia finales de la década de los sesentas el movimiento estudiantil en Monterrey comenzó a cobrar importancia y abarcó diversos frentes. En un primer momento, hacia mediados de abril de 1967, la participación de los estudiantes se expresó en protestas contra el aumento en las tarifas de transporte colectivo y en muestras de apoyo con el movimiento de choferes, quienes habían sido despedidos por formar un sindicato independiente. Por tal motivo, mientras realizaban llamados a la ciudadanía para que se solidarizara con los transportistas, también denunciaban, ante la Junta de Conciliación y Arbitraje y el gobierno estatal, que las autoridades municipales y las centrales obreras como la CROM y CTM “se coludían con las empresas camioneras para explotar a los choferes y engañar al público regiomontano al prestar un servicio con unidades que eran verdaderas chatarras,

con tarifas demasiado altas”.² Pero los estudiantes no sólo enarbolaron discursos, sino que pasaron a la acción directa. Uno de los primeros patrones de resistencia que implementaron fue el secuestro de autobuses como una forma de mostrar su apoyo a los choferes y presionar a las autoridades, ya que esta medida paralizaba a la ciudad y generaba un caos de movilidad. Durante estos actos, el 17 de abril de 1967, en los muros de los recintos universitarios se colocaron mantas con leyendas como “Alto policía o soldado, Alto enemigos del pueblo, están en terreno Universitario”.³ Cabe mencionar que, por lo regular, estas actividades no se llevaban a cabo de manera violenta y sólo en algunas ocasiones se procedió a quemar los camiones. En gran medida, estas acciones fueron eficaces las diversas líneas camioneras no querían exponerse a perder más unidades.

En un segundo momento, hacia finales de mayo de 1967, el activismo juvenil se manifestó al interior de la universidad para demandar una mayor inclusión de estudiantes en las diversas preparatorias y facultades de la UNL. La consigna principal: luchar por incrementar la matrícula de la universidad. Para llevar adelante la propuesta se crearon dos comités de lucha “vanguardia de defensa estudiantil” y “comité universitario pro aumento de cupo”. Sus principales representantes fueron Guillermo Guzmán, Luis Antonio Fernández, Raúl Vidales, Raúl Ramos Zavala y Ámel Garza Martínez, militantes de la Juventud Comunista.⁴ Los mecanismos de presión que implementaron contra las autoridades universitarias radicaron en tomar la torre de Rectoría y ocupar las oficinas administrativas, sin recurrir a la violencia, hasta que se diera solución a demandas.

Sin embargo, estas movilizaciones estudiantiles suscitaron conflictos entre las autoridades estatales y las universitarias. Las primeras opinaban que se acomodara al mayor número de solicitantes, las segundas, por su parte, expresaban que por razones técnicas, académicas y económicas, no era posible. Entre los principales argumentos para sustentar su postura señalaban un “presupuesto insuficiente, falta de maestros de tiempo completo y especializado, falta de laboratorios, aulas, talleres y mobiliario”.⁵ Tras una serie de negociaciones infructuosas, la Junta del Consejo Universitario presidida por Nicolás Treviño, dio una resolución en contra de las demandas de los estudiantes. El dictamen que se desprendió abarcó los siguientes acuerdos: “no se aceptará ningún estudiante más en las facultades; creación de la Comisión Técnica de Escuelas Profesionales encargada de estudiar las necesidades de las facultades; y en lo sucesivo se suspenderá en sus derechos a los estudiantes

² Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (en adelante DIPS), Caja: 1503-A, Legajo: 2, 14 abril de 1967, p. 1.

³ AGN, DIPS, Caja: 1503-A, Legajo: 2, 17 abril de 1967, p. 6.

⁴ AGN, DIPS, Caja: 1501-A, Legajo: 1, 29 mayo de 1967, p. 36.

⁵ AGN, DIPS, Caja 1501-A, Legajo: 1, 30 mayo de 1967, pp. 41-44.

que violen los principios universitarios”.⁶ Ante tales resoluciones, los dirigentes del “comité pro aumento de cupo” comenzaron a organizar diversos mítines. El espacio primordial en que socializaron su lucha, además de los recintos universitarios, fue el Colegio Civil, denominado por los estudiantes como la “Plaza Roja”. En ella se dedicaban a informar a estudiantes sobre el problema con el número de matrícula en la universidad. Por su parte, el gobernador del estado, Eduardo Villarreal exhortó a los miembros del mencionado comité universitario a que guardaran el orden. Agregó que, si se apoderaban de las oficinas de la Universidad decretarían la expulsión y las autoridades estatales reprimirían cualquier desorden con la fuerza pública.⁷

1968: Efervescencia estudiantil

Ahora bien, la década de los sesentas y setentas del siglo xx dio paso a la irrupción de la movilización social a través de nuevos actores en el espacio público: los jóvenes. Durante este periodo, no sólo al interior de la sociedad mexicana, sino de manera global, se generó una coyuntura generacional, en la cual la obediencia y legitimidad del sistema político y las formas culturales de vida comenzaron a ser cuestionadas. Así, de acuerdo con Ricardo Pozas (2001), los distintos movimientos estudiantiles fueron “la puerta de entrada a la segunda mitad del siglo xx. La rebeldía fue el sello distintivo de la juventud y el discurso contestatario fue el símbolo que marcó su identidad” (pp. 169-191).

De tal manera que en la historia de México, el año de 1968 marcó un punto de inflexión. Representó un hito histórico que estableció un antes y un después en las relaciones entre el poder público y la sociedad mexicana. A partir de ese momento, el desarrollo del movimiento estudiantil entró en una fase creciente de lucha combativa por democratizar los espacios universitarios. Por consiguiente, a nivel local, en la ciudad de Monterrey, el conflicto estudiantil se incrementó tras la llegada de Eduardo Elizondo (1967-1971) como gobernador del estado de Nuevo León (quien previamente había ocupado el puesto de rector de la UNL). Una de las medidas que propició lo anterior, radicó en su propuesta de establecer modelos alternativos para el financiamiento de la educación superior; iniciativa encaminada, según él, a resolver a fondo el problema de la Universidad.

De acuerdo con el mandatario estatal, la Universidad era insuficiente y su situación financiera se deterioraba cada vez más. De continuar así, argumentó el gobernador, “vendrá su bancarrota a menos que se disminuya su cupo o se deprima la

⁶ AGN, DIPS, Caja: 466, Legajo: 1, 15 agosto de 1967, pp. 842-843.

⁷ AGN, DIPS, Caja: 466, Legajo: 1, 15 agosto de 1967, p. 392.

calidad de su enseñanza, el gobierno no podía darle más dinero sin abandonar importantes renglones de la actividad pública”.⁸ Con base en el panorama antes descrito, el 9 de marzo de 1968, el gobernador presentó ante la opinión pública la solución en los siguientes términos:

QUIENES PUEDAN PAGAR DEBEN HACERLO Y QUIENES NO PUEDAN PAGAR, PERO QUIERAN Y PUEDAN SUPERARSE, DEBEN RECIBIR EDUCACIÓN A CRÉDITO, RESTITUYENDO CUANDO ESTÉN EN MEJORES CONDICIONES ECONÓMICAS. NO HAY OTRO MEDIO DE PONER LA ENSEÑANZA SUPERIOR AL ALCANCE DE TODO EL PUEBLO.⁹

Aunado a lo anterior, otra de las reformas que alentó el gobernador para combatir la crisis en la educación media y superior consistió en incentivar la creación de universidades privadas. A raíz de ello, se creó la “Universidad de Monterrey (UDEM) y de la Universidad Regiomontana (UR), ambas establecidas en 1969” (Flores, 2008, p. 466). Así, el paradigma de la iniciativa presentada por el mandatario estatal, que se conoció como “Plan Elizondo”, fue vista con beneplácito por la clase empresarial regiomontana y diversos medios impresos en el centro del país, como el periódico *Novedades*, lo presentaban como “positivamente revolucionario”.¹⁰

Sin embargo, su propuesta rompía con la arraigada noción sobre la enseñanza gratuita y desde luego, no fue del agrado de la población estudiantil, cuya respuesta inmediata fue la organización de brigadas, la realización de mítines, e incluso, participación en programas de televisión local por lo menos en dos ocasiones. Todo ello con la finalidad de exponer y dar a conocer la realidad del conflicto universitario ante la opinión pública nuevoleonense. De igual manera, la política estudiantil se enfocó en ganar las calles. Se apropiaban de las plazas y espacios públicos para expresar sus demandas a través de volantes, pintas en paredes o mediante la distribución de manifiestos en los autobuses. Asimismo, la dinámica de la movilización estudiantil llegó al grado de aprovechar cualquier acto público para difundir su lucha y poner en entredicho las bondades de la iniciativa gubernamental al señalar que la aplicación de proyecto del gobernador buscaba “convertir en negociación bancaria la Universidad”. Para los estudiantes, “el dinero que hace falta para las necesidades de la Universidad se lo roban los empresarios, quienes deberían de pagar impuestos justos”.¹¹

Por otra parte, en la capital del país, el 22 de junio de 1968 se suscitó una riña entre estudiantes de las vocacionales 2 y 5, adscritas al Instituto Politécnico Na-

⁸ AGN, DIPS, Caja: 1501-A, Legajo: 1, 9 de marzo de 1968, p. 110.

⁹ AGN, DIPS, Caja: 1501-A, Legajo: 1, 9 de marzo de 1968, p. 110.

¹⁰ AGN, DIPS, Caja: 1501-A, Legajo: 1, 3 de abril de 1968, p. 150.

¹¹AGN, DIPS, Caja: 1501-A, Legajo: 1, 25 de marzo de 1968, p. 132.

cional (IPN), con alumnos de la preparatoria Isaac Ochoterena, incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México, (UNAM). El pleito trascendió al día siguiente, pero fue disuelto por elementos del cuerpo de granaderos de la Ciudad de México con excesiva violencia. De acuerdo con Eugenia Allier (2009), “es en esos enfrentamientos estudiantiles y en la intervención policial donde la mayoría de los historiadores localizan los orígenes del movimiento estudiantil” (p. 291).

Lo que había iniciado como un conflicto trivial y sin importancia entre pandillas de preparatoria, pronto ganó relevancia nacional y adquirió nuevas dimensiones al estructurarse como una protesta organizada. De tal manera que, con la finalidad de expresar sus demandas, los estudiantes realizaron mítines y movilizaciones por las principales arterias de la ciudad. Asimismo, configuraron espacios para manifestar sus opiniones mediante discursos, volantes callejeros, pintas en bardas y el desarrollo de prensa estudiantil. Esto posibilitó que sus puntos de vista y los motivos de su lucha se propagaran por las calles, los parques, las plazas, los mercados y los barrios populares de la capital del país, con el objetivo de atraer la simpatía popular y generar un respaldo social. Estas estrategias comunicativas operaron como mecanismos para establecer un contrapeso a la cobertura informativa que se desplegaba en los medios de comunicación la cual, cabe mencionar, se abocó a presentar una visión “subversiva” en torno a las actividades estudiantiles para desprestigiar el movimiento.

No obstante, para poder coordinarse y unificar sus demandas, el movimiento estudiantil constituyó, en agosto de ese año, el Consejo Nacional de Huelga (CNH) “una instancia de organización, a partir de la cual se decidieran las acciones y los pasos a seguir [...] integrada por representantes de las diferentes escuelas como el instituto IPN, la UNAM, la Universidad de Chapingo, la Escuela Nacional de Maestros, entre muchas otras (Mendoza, 2004, p. 155). Esta organización elaboró un pliego petitorio de seis puntos, en los cuales se concretaban las principales demandas estudiantiles:

- 1) Libertad a los presos políticos; 2) destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, así como también del teniente coronel Armando Frías; 3) extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo de la represión, y no creación de cuerpos semejantes; 4) derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (delito de disolución social)¹², instrumentos jurídicos de la agresión; 5) indemnización a las familias de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión desde el viernes 26 de julio en adelante; 6) deslindamiento [sic] de respon-

¹² Cabe mencionar que de acuerdo con Sergio Zermeño (1978) “en la práctica, después de 1948, había sido utilizado para formular cargos contra cualquier tipo de oposición al gobierno” (p. 30).

sabilidades de los actos de represión y vandalismo por parte de las autoridades a través de policía, granaderos y Ejército (Álvarez, 2002, p. 286).

Sin embargo, en una década de intensas convulsiones sociales y movimientos estudiantiles, el Estado mexicano encabezado, en ese momento, por Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) respondió con la represión.

De la represión a la apertura democrática

El autoritarismo estatal se ejerció con toda intensidad y con total impunidad el 2 de octubre de 1968 durante un mitin en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, diez días antes del comienzo de los juegos olímpicos proyectados para ese año en el país; fue por eso que se ahogaron las aspiraciones y las demandas de una generación que buscaba una mayor participación política y apertura democrática. A los ojos del régimen y en las altas esferas del poder se consideraba que las manifestaciones estudiantiles eran producto de una “conjura internacional comunista”, provocadas e instigadas por agitadores profesionales que pretendían desestabilizar al país y boicotear la realización de los juegos olímpicos. De tal manera que “el uso de la violencia se justificaba como respuesta obligada a los peligros de la guerra fría” (Spenser, 2008, p. 109).

Por ello, estos actores que reclamaban un nuevo espacio en la participación política, probaron por “la represión sangrienta el núcleo autoritario del régimen” (Aguilar, 1990, p. 196). En consecuencia, la exacerbación de la violencia oficial despegada en ese acontecimiento perpetrado por el ejército nacional y con la anuencia de la secretaría de gobernación a cargo de Luis Echeverría Álvarez (subsecuente presidente en México), implicó que, a partir de ese momento las bases de legitimidad del régimen, en un amplio sector de la clase media, “quedaran indeleblemente erosionadas” (Meyer, 2007, p. 222).

No obstante, para hacerle frente a la situación anterior, el recién electo presidente Echeverría, desde el inicio de su administración, trató de cambiar la imagen autoritaria del régimen por una más democrática e intentó distanciarse de su responsabilidad en la represión del movimiento estudiantil de 1968. Por tal motivo, una de sus primeras iniciativas radicó en reducir la mayoría de edad para votar de los 21 a los 18 años a través de una reforma electoral publicada el 29 de enero de 1970, con ello ofrecer una mayor participación a la juventud de México.

Asimismo, instrumentó una política de “apertura democrática” la cual postulaba “el rechazo, por lo menos en lo formal, de los métodos autoritarios y represivos que durante los sucesos de 1968 habían evidenciado los límites del carácter corporativo del Estado mexicano” (Medina, 1981, p. 37). Además, liberó a presos polí-

ticos que habían sido los encarcelados durante el sexenio anterior, lo que le ganó cierta simpatía entre diversos sectores de la sociedad mexicana. Con estas medidas se buscaba restaurar la erosionada legitimidad del régimen y “volver la Revolución a su antiguo cauce” (López, 2014, p. 4). De tal manera que el intento de transición de un régimen político autoritario a uno aperturista tuvo sus primeras repercusiones en Monterrey, lugar donde resurgió el movimiento estudiantil con gran fuerza y se convirtió en uno de los enclaves medulares de referencia post 68.

La lucha por la Autonomía Universitaria en Monterrey

El desarrollo de las protestas estudiantiles regiomontanas se efectuó durante el periodo de 1969 a 1971 en el marco de la lucha por la autonomía universitaria que desbordó lo meramente académico y el combate se llevó a las calles de la ciudad a través de la toma de autobuses, edificios, mítines relámpago y manifestaciones. El punto más álgido del conflicto al interior de la recién nombrada Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) se desencadenó el 26 de marzo de 1971, tras la promulgación de una nueva Ley Orgánica por parte del gobernador Eduardo Elizondo. Este edicto establecía la creación de una Asamblea Popular de Gobierno Universitario como la máxima autoridad de la Casa de Estudios. De acuerdo con Óscar Flores (2011), la insólita estructura administrativa de gobierno universitario:

[...] tenía similitudes con lo que era un Consejo de Administración en las grandes empresas privadas de Monterrey [...] daba una imagen incluyente [...] integrada [por] 36 personas: 10 representantes obreros, 4 representantes de las ligas de comunidades agrarias y sindicatos campesinos, 1 representante del Patronato Pro Laboratorios y Talleres de la UANL, 8 representantes de la prensa, radio y televisión, 3 representantes de los profesores de la UANL, 1 representante de la industria, 1 representante del comercio organizado, 1 representante del congreso local, 4 representantes de los profesionales organizados (pp. 117-118).

Esta maniobra gubernamental pretendía anular, en los hechos, las conquistas de autogestión alcanzadas por los sectores estudiantiles. En su lugar, el mandatario estatal buscaba una injerencia del sector privado en la vida universitaria, lo que no ofrecía una solución al problema de la UANL. Por consiguiente, tras la constitución oficial de la Asamblea Popular, a principios de abril de 1971, Eduardo Elizondo designó como rector de la UANL al coronel militar Arnulfo Treviño Garza, cuyas primeras acciones consistieron en desalojar a los inconformes mediante la intervención de la fuerza pública de los recintos universitarios, los cuales, cabe mencionar eran presentados en la prensa como las “fortalezas de los guerrilleros” (“El regreso a la Barbarie”, *El Ciudadano*, 26 de mayo de 1971, p. 1).

Evidentemente, este tipo de actividades desató una vez más la violencia en la universidad y con ello el terror y la represión se expresaron en todas sus formas. Durante estos sucesos, lo granaderos procedían a atacar a los transeúntes que circulaban “por las calles, basta que alguna de las personas se alarme o de muestras de pánico y corra, para que los granaderos bajen de sus vehículos y los golpeen, no importándoles el sexo, ni la edad”.¹³ Sin embargo, en los acontecimientos antes expuestos, el papel de los estudiantes fue fundamental.

La lucha contra la Asamblea Popular, implantada por el regente estatal, fue un espacio propicio para la vinculación entre contingentes estudiantiles en Nuevo León hacia finales de mayo el conflicto estudiantil llegó a su punto más caótico. Por tal motivo, el gobierno federal decidió intervenir en el conflicto y para darle una solución al mismo envió al secretario de educación, Víctor Bravo Ahuja, como conciliador en el problema entre las autoridades locales y la comunidad universitaria. Tras su llegada a la ciudad de Monterrey el conflicto universitario tomó un rumbo distinto ya que “para entonces era evidente que el gobierno de Elizondo se encontraba en una encrucijada y su proyecto de universidad pública era cuestionado por el poder Ejecutivo nacional” (Flores, 2011b, p.113).

En consecuencia, a principios de julio ante las intensas protestas y movilizaciones estudiantiles aunadas a la presión del ejecutivo federal, el gobierno universitario de la Asamblea Popular se deterioró, la dimisión como rector de Arnulfo Treviño fue inminente y para el día 5 de julio, el Congreso del Estado derogó la Ley Orgánica y planteó una nueva. Ese mismo día, el gobernador Eduardo Elizondo presentó su renuncia irrevocable ante el poder legislativo. Con estas medidas culminó aparentemente la dramática crisis de la UANL. Pero la efervescencia del triunfo universitario en Nuevo León pronto encontró resonancias en la ciudad de México. Los estudiantes del IPN propusieron la realización de una manifestación para el día 10 de julio de 1971, la segunda marcha de mayor importancia después de los hechos de Tlatelolco. En ella se buscaba difundir y mostrar al menguado movimiento estudiantil de la capital de la República y el éxito contra el embate conservador en Monterrey (Flores, 2008, p. 473).

Sin embargo, el autoritarismo del régimen se desplegó, de nueva cuenta, contra la manifestación estudiantil, en el episodio trágico y sangriento conocido como el *Jueves de Corpus* en la ciudad de México a cargo de un grupo de porros denominado los Halcones, quienes se hicieron pasar por estudiantes y “fueron armados con palos de bambú y pistolas de alto calibre, al mismo tiempo que se les otorgaron amplios recursos como vehículos oficiales y ambulancias de la Cruz Roja” (Gamiño, 2011, p. 52).

¹³ AGN, DIPS, Caja: 1501-A, Legajo: 3, p. 238.

Esta nueva masacre desenmascaró y mostró los límites de la “apertura democrática” de Luis Echeverría que terminó por erosionar, aún más, su legitimidad entre los amplios sectores de la clase media, ante su imposibilidad para otorgar y encausar soluciones negociadas, pacíficas y democráticas optando, en su lugar, por hacer uso de la fuerza. Asimismo, terminó por sellar, para muchos jóvenes, la idea de que los caminos democráticos estaban cerrados en el país. La única posibilidad de transformación social que vislumbraron los jóvenes más radicales fue la vía armada a través de la formación de núcleos de guerrilla urbana que desembocó en un enfrentamiento bélico con el poder público y el ejército nacional.

Por tal motivo, a partir de ese momento se manifestaron expresiones rebeldes aún más claras en las urbes del país, las cuales estaban abanderadas por núcleos juveniles que cuestionaron la severidad del régimen y utilizaron las armas para combatir la represión sistemática del mismo. Para quienes decidieron integrarse a las diversas organizaciones político-militares la resolución era contundente. La lucha a través de la violencia había llegado a ser el único medio posible para plasmar las necesidades y los anhelos de modificación de una realidad que, de acuerdo con Benjamín Palacios (2009), exmilitante de la LC23S en la “conciencia ética, pero también teórica e ideológica de los actores, se revelaba como intolerable” (p. 38).

El movimiento armado guerrillero en México

Es necesario matizar que las medidas represivas desplegadas por el Estado mexicano en Tlatelolco no constituyen, *per se*, el origen del movimiento guerrillero en las principales ciudades del país. El salto hacia la violencia revolucionaria no fue automático o como una respuesta/estímulo generada exclusivamente por la represión al movimiento estudiantil de 1968. En un primer momento, las posturas radicales se manifestaron a través de la irrupción de diversos movimientos guerrilleros de carácter rural.

Uno de los más importantes se desarrolló en Chihuahua hacia 1964, tras la conformación del Grupo Popular Guerrillero (GPG) el cual efectuó el asalto al cuartel militar en la ciudad Madera (Chihuahua), el 23 de septiembre de 1965. A pesar del desenlace trágico de este suceso, que trajo consigo la muerte para la mayor parte del contingente que realizó el operativo, el acontecimiento simbolizó el primer intento por construir “una columna guerrillera en la sierra que, según el ejemplo cubano, desempeñaría la función de eje político y militar de las luchas del pueblo y paulatinamente desembocaría en una nueva revolución” (Palacios, 2009, p. 40). Asimismo, el día del suceso fue parte del nombre de reivindicación de la organización guerrillera de mayor presencia en las ciudades del país en la década de los setenta: la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC-23S) (Castellanos, 2007, p. 65).

De igual manera, en Guerrero, subsecuentemente surgieron los levantamientos armados: la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), dirigida por el profesor Genaro Vázquez Rojas y la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres encabezada por Lucio Cabañas. A grandes rasgos, estos movimientos armados en entornos rurales de la década de los sesenta pueden ser considerados “como formas de autodefensa armada de núcleos campesinos contra la explotación, la opresión y las secuelas de asesinatos efectuados por autoridades gubernamentales o por caciques terratenientes, con un alcance regional” (Palacios, 2009, p. 40). No obstante, además de estos factores nacionales de peso, también cabe señalar que existía un contexto mundial que favorecía la perspectiva armada. Al respecto Jorge Regalado (2014), menciona:

[...] los triunfos y avances de las revoluciones cubana y vietnamita, la presencia del movimiento comunista internacional y la emergencia de movimientos nacionalistas y de liberación nacional en diversas partes del mundo que igual optaban por el camino de las armas. En Centroamérica destacaban particularmente los movimientos revolucionarios de Nicaragua, El Salvador y Guatemala (pp. 90-91).

El perfil social de las organizaciones guerrilleras en Monterrey¹⁴

Durante los primeros años de la década de los setentas del siglo XX, el movimiento guerrillero en la ciudad de Monterrey abarcó cuatro organizaciones político-militares: “Las Fuerzas de Liberación Nacional” (FLN), “La Liga de Comunistas Armados” (LCA), algunos grupos como “Los Macías” (provenientes de una escisión del Movimiento Espartaquista Revolucionario) y “Los Procesos” que deben su nombre al documento intitulado “Proceso Revolucionario”, difundido meses antes de la ruptura definitiva entre Ramos Zavala y el Partido Comunista Mexicano durante el III Congreso Nacional de las Juventudes Comunistas efectuado en Monterrey en diciembre de 1970, ahí se tachó a la dirección del PC de burguesa y burocrática en contraposición a una “fuerza auténticamente revolucionaria y crítica” a la que exhortaba a tomar la vía armada (Castellanos, 2007, p. 184).

¹⁴ Para la obtención de los datos que respaldan esta investigación se revisaron las detenciones y reportes de la Dirección Federal de Seguridad (en adelante DFS). Particularmente los expedientes de las Fuerzas de Liberación Nacional (en adelante FLN); la Liga Leninista Espartaco (en adelante LLE); Eugenio Garza Sada (en adelante EGS); la Liga de Comunistas Armados (en adelante LCA); los Procesos y la Liga Comunista 23 de Septiembre (en adelante LC-23S). A partir de lo anterior, se procedió a trazar el perfil social de cada una de las diversas organizaciones político-militares en Monterrey y las principales características de sus militantes.

Estas agrupaciones armadas, se trazaron como directriz principal iniciar la lucha guerrillera para comenzar el proceso revolucionario con miras a la transformación radical del sistema político, económico, social y cultural del país. De acuerdo con Eric Hobsbawm (2010) “la auténtica fuerza de las guerrillas no reside en su capacidad para convertirse en ejércitos regulares capaces de derrotar a otras fuerzas convencionales, sino en su poderío político” (p. 241). Para el caso regiomontano, los mecanismos de resistencia y combate abarcaron desde la clandestinidad y silencio como norma, el reclutamiento selectivo y el establecimiento de cuotas para mantener la infraestructura hasta el asalto a bancos (denominados “expropiaciones”), robos, espectaculares secuestros de aviones y destrucción de bienes materiales.

Sin embargo, durante su vida operativa existió una determinación, por parte del sistema político por señalar sus acciones como expresiones “terroristas” en los referentes mentales de la población local y del país. De tal manera que se generó una visión que relegaba a los guerrilleros como criminales y/o terroristas, lo que permitía al régimen desplegar su acción y así justificar sus excesos represivos contra los grupos armados. Por tal motivo, a continuación se procede a examinar la composición social de los militantes de cada una de las agrupaciones guerrilleras en Monterrey con la finalidad de superar la visión oficial sobre la irrupción subversivas, a través del conocimiento de sus protagonistas, así como difuminar las proyecciones criminales que se han vertido sobre el movimiento armado socialista de los setentas.

Fuerzas de Liberación Nacional

El primer grupo que irrumpió en la esfera pública regiomontana, de manera no premeditada, fue el de las autonombradas “Fuerzas de Liberación Nacional” (FLN), que se formó en 1969. El cuadro básico de sus precursores estuvo integrado por 10 individuos, en su mayoría hombres y sólo una mujer, Elisa Irina Sáenz. La persona con mayor edad nació en 1935 y la más joven en 1948, con una media de 29 años de edad.¹⁵ Los lugares de procedencia de los militantes corresponden a: Nuevo León (6), Veracruz (2) y Yucatán (1). Las actividades laborales de los padres de estos actores revelan una posición social favorable; los datos muestran que las ocu-

¹⁵ A continuación se enlistan los individuos en cuestión y entre paréntesis su edad para 1971, fecha de la irrupción del grupo: César Germán Yáñez Muñoz (28 años), Mario Alberto Sáenz Acosta (36 años), Mario Alberto Sáenz Garza (28 años), Fernando Yáñez Muñoz (27 años), Carlos Arturo Vives Chapa (28 años), Graciano Alejandro Sánchez Aguilar (31 años), Elisa Irina Sáenz Garza (25 años), Alfredo Zárate Mota (32 años), Raúl Sergio Morales Villarreal (23 años), Raúl Enrique Pérez Gazque (24 años). AGN, DFS, Exp. FLN: 216-217, 220, 224-225, 231; César Yáñez Muñoz: 188-189, 190, 199-203, 207-214, 216, 291-296, 301, 303-304.

paciones registradas estaban conformadas por maestros rurales, empleados comerciales, profesores, médicos e ingenieros.¹⁶ Por su parte las ocupaciones que desempeñaron los activistas de esta agrupación fueron las siguientes: 2 profesores, (1 de preparatoria y 1 maestra de nivel preescolar) 2 abogados y el resto, que componían la mayoría, estudiantes que tras las eventualidades del conflicto dejaron trunca su carrera profesional.¹⁷

César Yáñez (a) *El Hermano Pedro* fue la figura central de las “FLN”, nació en Monterrey en 1942. Su padre fue el doctor Margil Yáñez, destacado médico de la ciudad, tenía una considerable trayectoria prestando sus servicios a poblaciones marginales (Ortiz, 2012, p. 108). César Yáñez fue estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPS) en la UNL y terminó su licenciatura en 1965. Antes de pasar a la clandestinidad participó activamente, junto con otros miembros del grupo, en el Movimiento de Liberación Nacional. También se desempeñó como abogado y asesor jurídico de la organización independiente de vendedores ambulantes de la ciudad, hizo recomendaciones a los trabajadores del sindicato de la fábrica “Galletera Mexicana” y asesoró legalmente a las obreras de la fábrica de ropa “Medalla de Oro”.¹⁸

Además cabe señalar que, los militantes de las “FLN” registraron un rango muy elevado de preparación académica, tanto César Yáñez y Arturo Vives Chapa, dos de los principales dirigentes de esta agrupación, durante el periodo escolar de 1962-1963 estuvieron en el cuadro de honor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (González y Flores 2003, pp. 245 y 265). Asimismo, el nivel académico de los demás militantes de este grupo armado fue el siguiente: la mitad de ellos pertenecieron a la UANL cuyas carreras fueron, tres en FCPS (César Yáñez, Carlos Chapa y Graciano Sánchez), uno en la Facultad de Ingeniería Mecánica Eléctrica, (Mario Sáenz Acosta), uno en Arquitectura (Fernando Yáñez), uno en Economía (Raúl Morales) y uno en Filosofía (Alberto Sáenz Garza); el resto del grupo estuvo compuesto de por una egresada de la Normal de Educadoras Laura Arce para educación preescolar (Elsa Irina); mientras que de los foráneos figuraba, un pasante de medicina de la Universidad de Veracruz (Alfredo Zárate) y el más joven era estudiante de preparatoria en Yucatán (Enrique Pérez Gazque).

¹⁶ De estas dos últimas profesiones merece la pena destacar al padre de Raúl Enrique Pérez Gazque, el Ing. Héctor Pérez Torres quien “ocupó diversos cargos en la Secretaría de Comunicaciones y obras Públicas, y de la señora Elsie Gasque, descendiente de una connotada familia de hacendados yucatecos” (Cedillo, 2008, p. 459). Por otra parte, el padre de César y Fernando Yáñez, el doctor Margil Yáñez tuvo un hermano, Adrián Yáñez Martínez, que se desempeñó como alcalde del municipio de Guadalupe, Nuevo León y eventualmente fue senador de la república. AGN, DIPS, Caja: 818, Exp. 1, p. 132.

¹⁷AGN, DFS, Exp. FLN: pp. 216-217, 220, 224-225, 231; César Yáñez: pp. 188-189,190, 199-203, 207-214,216, 291-296, 301, 303-304.

¹⁸ AGN, DFS, Exp. César Yáñez, p. 121.

Esta organización tuvo peculiaridades que la hicieron singular dentro del movimiento guerrillero: fue la única cuyos militantes visitaron Cuba en enero 1965 y eventualmente solicitó apoyo al gobierno de Castro para iniciar la lucha armada en México aunque la respuesta cubana fue negativa (Cedillo, 2008, p. 151). Además, los cuadros dirigentes formaron parte del fugaz Ejército Insurgente Mexicano (EIM), experiencia que les permitió una preparación más completa en comparación de los otros tres grupos en Monterrey.

Los lugares en los que se puede rastrear su politización abarcaron desde los recintos universitarios ya descritos, hasta espacios en los cuales se entrenaron en “el arte de la secrecía y la conspiración” (Cedillo, 2008, p. 158), como las logias masonicas al menos en los dirigentes e ideólogos aunque fundamentalmente la base del grupo de las “FLN” estuvo integrada por militantes que se formaron en la Unión Revolucionaria Socialista (USR) y que estimuló la creación del Instituto de Relaciones Culturales México Cubanas.¹⁹

Un patrón de resistencia que adoptó la organización fue el rechazo absoluto a la realización de acciones directas contra el gobierno y las expropiaciones. En su lugar, recurrieron a “colaboradores” para solventar las necesidades económicas, aspecto en el cual tuvieron éxito.²⁰ No obstante, para completar el perfil de esta agrupación es necesario considerar tres elementos adicionales que residen en: el carácter de la militancia, los lazos de sus miembros y por último conocer si lograron politizar o incorporar a sus filas a obreros o campesinos con miras a que se volvieran guerrilleros profesionales o de tiempo completo.

Esta agrupación puso un énfasis muy particular en el reclutamiento. La infiltración, por parte de la policía política era latente y debía evitarse a toda costa. La selección de nuevos prospectos como medida de seguridad fue una excelente estrategia que, al menos en su fase inicial, les permitió evitarla. Sin embargo, con el tiempo produjo aislamiento y una eventual propensión al elitismo, aspecto que la misma Dirección estimulaba: los candidatos a pertenecer al grupo guerrillero debían “estar integrados por personas de la más alta conciencia revolucionaria y disciplina férrea”.²¹ De ahí que, en esta etapa, la dirigencia no priorizara las actividades enfocadas a las masas, por el contrario, lo primordial consistió en nutrir a la organización con notables prospectos.

El segundo aspecto fue la vinculación entre sus miembros. A partir de la precoz experiencia en el EIM, las “FLN” denunciaban los compromisos basados en la “amis-

¹⁹ AGN, DFS, Instituto de Intercambio Cultural, Exp.100-17-3, Legajo: 2, p. 47.

²⁰ AGN, DFS, César Yáñez, Declaración de Napoleón Glockner, 13 febrero de 1974, p. 209.

²¹ AGN, DFS, FLN, Informe Confidencial, marzo de 1970, p. 16.

tad y el verbalismo revolucionario”²² como facetas que debían superarse, aunque al analizar el cuadro guerrillero se pueden apreciar datos reveladores: en gran medida las conexiones o nexos, en esta primera etapa, se dieron en correspondencia directa a vínculos de parentesco y amistad.²³ Eventualmente, conforme fueron creciendo las redes urbanas en los diferentes estados de la República el número de simpatizantes se incrementó. Sin embargo, los principales semilleros de los militantes fueron los centros universitarios aunque también comenzó a cooptar elementos de otros estratos sociales.

Tabla 1.1 Nombres, profesiones y actividades laborales de simpatizantes que se desenvolvían y trabajaban para la red urbana de las FLN en Monterrey (1971-1974)

| Nombre | Alias | Actividad Laboral |
|-------------------------------------|----------|---|
| Militantes no profesionales: | | |
| Álvaro Campos Hernández | Víctor | Mecánico |
| Wenceslao Ramírez Díaz | Pablo | Peluquero |
| Juan Mateo Meza Niño | Marcelo | Maestro |
| Rodolfo Flores González | Ulises | Maestro |
| José Martínez Villarreal | Ramiro | Maestro |
| Jesús Caballero | Samuel | Maestro |
| Héctor Mendoza | Augusto | Mecánico |
| Carlos Ruiz | Zapata | Maestro |
| Carlos Hernández Velázquez | Bernardo | Peluquero |
| Colaboradores | | |
| Lic. José Luis Treviño | - | Cd. Victoria |
| Hilario Morales | - | Venta de Libros |
| Francisco Lozano | - | Maestro (secundaria) |
| Valentina Rivera Rodríguez | - | Estudiante normalista |
| Gilberto Álvarez | - | Cuñado de César Yáñez |
| Angelina Osuna | - | Esposa de Rodolfo González |
| Concepción Olguín | - | Dueña de un motel en Santa Catarina, Nuevo León |
| Jaime Puente | - | Cuñado de Fernando Yáñez |

La mayoría fueron reclutados por el *Hermano Pedro* según información contenida en el AGN, DFS, César Yáñez Exp: 11-212-74, p. 235-236.

²² AGN, DFS, FLN, Informe Confidencial, marzo de 1970, p. 16.

²³ Si analizamos los vínculos se puede observar nexos fraternos en los Yáñez (Fernando y César), éstos últimos compañeros de la infancia con los hermanos Sáenz Garza (Mario Alberto e Irina). Eventualmente esta organización instauró los matrimonios revolucionarios entre sus correligionarios.

Los Macías

El origen de esta agrupación guerrillera se encuentra en el Movimiento Espartaquista Revolucionario (MER) fundado por el profesor Severo Iglesias en la ciudad de Monterrey en 1966 el cual, a su vez, se remonta a la Liga Leninista Espartaco (LLE) creada por José Revueltas en septiembre de 1960. Una característica distintiva del MER fue la profusa organización de círculos de estudio los cuales se desarrollaron no solo en Monterrey sino también se expandieron a otros estados como Durango y Tamaulipas.

De acuerdo con Severo Iglesias, en los círculos de estudio se discutía “nada secreto, las bases fundamentales del marxismo leninismo y posteriormente en el análisis de México como preocupación central”.²⁴ Estos lugares fueron el punto de encuentro de los espartacos (como se les denominó a los militantes del MER) y la implementación de tales espacios era muy elemental: “casas particulares de estudiantes dónde se reunían a discutir, comentar y estudiar los textos marxistas, con fines a concientizar en la clase obrera, la tesis principal radicaba en organizar la conciencia del grupo revolucionario”.²⁵

No obstante, es importante señalar que esta organización experimentó una distorsión exponencial e intencionada. En un primer momento por la prensa local y por las organizaciones de derecha como la Cruzada Regional Anti-comunista (CRAC), para quienes representaba “la facción más rabiosa de los comunistas que merecen el calificativo de traidores” (Ruiz, 2008, p. 266). Posteriormente, los aparatos de inteligencia del régimen los consideraban como “la secta de teóricos en el clandestinaje urbano”.²⁶ Según la DFS su peligrosidad radicaba en orientar e incitar a la resolución de los problemas como el Charrísimo Sindical con el uso de la violencia. Además, se les atribuyó el fatídico intento de secuestro al industrial regiomontano Eugenio Garza Sada, líder del grupo Monterrey, en septiembre de 1973, hecho en el que efectivamente tomaron parte sólo unos cuantos activistas y no todos a los que les imputó dicho delito (Iracheta, 1979).

Ahora bien, uno de los miembros más destacados del MER fue el profesor Mónico Rentería (egresado de la Escuela Normal Rural de Durango) quien había participado junto con Severo Iglesias en la conformación de esta organización.²⁷ Y durante el año de 1967, Rentería fue nombrado como Secretario Campesino y con esa

²⁴ Entrevista a Severo Iglesias por Héctor Torres en Monterrey, N. L., México, 21 de mayo de 2014.

²⁵ Entrevista a Severo Iglesias por Héctor Torres en Monterrey, N. L., México, 21 de mayo de 2014.

²⁶ AGN, DFS, LLE, 6 diciembre de 1970, p. 110.

²⁷ AGN, DFS, EGS, declaración de Mónico Rentería, 14 octubre de 1973, p. 69.

función fundó el Frente Democrático Campesino del Estado de Nuevo León (FDC) en los municipios de Montemorelos (donde él era docente) y Linares.²⁸

Sin embargo, durante los meses de agosto - septiembre de ese año se produjo una fuerte división en las filas del MER y se generaron dos tendencias: la primera, promovida por Severo Iglesias, adoptó como forma de lucha la vía democrática; la segunda, encabezada por Rentería, reivindicaba la lucha armada. Tras estas disputas internas sobre la mejor medida para implementar una transformación social, el MER se disolvió en diciembre del mismo año a consecuencia de la fuerte polarización.

Por consiguiente, al iniciar el año de 1968, Mónico Rentería junto con quienes habían optado por la vía armada, los cuales de acuerdo con la versión oficial sumaban 10 individuos,²⁹ decidieron establecer un foco guerrillero en la sierra de Durango ya que esa región “reunía las condiciones adecuadas para el establecimiento de un foco guerrillero”³⁰ y de manera paralela se optó por reclutar nuevos elementos en Nuevo Laredo, Tamaulipas. Sin embargo, la incursión en la sierra no fue exitosa y al año siguiente, el emblemático 26 de julio, volvieron a “remontarse a la sierra para conmemorar aunque fuera en pequeña escala el aniversario de la Revolución Cubana”³¹ con el objetivo de “unirse al jefe de la guerrilla rural Mónico Rentería Medina”.³² Esta segunda incursión duró poco más de un mes y tampoco fue fructífera. Algunos militantes del grupo armado se separaron por enfermedad y otros por haber sufrido lesiones. Sin embargo, la razón principal que los obligó a bajar de la sierra radicó en que elementos del ejército mexicano estaban “peinando la región en busca de plantíos de marihuana”.³³

En consideración a lo anterior, la experiencia en la sierra llevó a los militantes del grupo armado a cuestionar la viabilidad de la guerrilla rural. Por tal motivo, en primer lugar, se tomó la decisión de expulsar a Mónico Rentería de la organización (dados los resultados negativos al frente del grupo). El liderazgo recayó en Edmundo Medina Flores y Salvador Corral quienes asumieron el mando. En segundo lu-

²⁸ AGN, DIPS, Caja 1678-A, Exp. 1, p. 118.

²⁹ Los personajes en cuestión fueron: el precursor del proyecto, Mónico Rentería Medina; seguido de Roberto Arias Alvarado, Armando Iracheta, Crescencio Gloria Martínez, Salvador Corral, Edmundo Medina Flores, Héctor Gutiérrez Martínez, Miguel Ángel Torres Enríquez, Hilario Juárez García y Javier Rodríguez Torres. AGN, DFS, Liga Leninista Espartaco: Elías Orozco, 10 octubre de 1973, pp. 183-191; LC-23S: Salvador Corral García Exp. 11-235, Legajo: 6, pp. 35-36 y Miguel Ángel Torres Enríquez, p. 315; Eugenio Garza Sada: Héctor Gutiérrez Martínez, 23 de septiembre de 1973, pp. 56-60, Armando Iracheta Lozano, 23 de septiembre de 1973, pp. 62-63, Crescencio Gloria Martínez, 24 septiembre de 1973, p. 64 y Mónico Rentería, 14 de octubre de 1973, pp. 69-71.

³⁰ AGN, DFS, EGS, declaración de Mónico Rentería, 14 octubre de 1973, p. 69.

³¹ AGN, DFS, EGS, declaración de Mónico Rentería, 14 octubre de 1973, p. 70.

³² AGN, DFS, EGS, declaración de Héctor Gutiérrez, 23 septiembre de 1973, p. 58.

³³ AGN, DFS, EGS, declaración de Mónico Rentería, 14 octubre de 1973, p. 70.

gar, para el éxito de la lucha revolucionaria, la nueva dirección tomó la resolución de realizar acciones urbanas como “expropiaciones” a pequeños negocios y eventualmente a bancos, actividades que pretendían liquidar las problemáticas económicas del grupo y al mismo tiempo “servirían de entrenamiento para los compañeros del comando”.³⁴

A partir de ese momento el nuevo grupo se autodenominó “los Macías” y experimentó modificaciones en su militancia. En consideración con los datos disponibles, se encontró que el primer cuadro activo de esta organización guerrillera muestra una composición social en el cual el individuo con mayor edad era representado por Mónico Rentería, quien nació en 1935 mientras que los demás en la segunda mitad de la década de los cuarentas. Un elemento distintivo en comparación con las otras agrupaciones fue la ausencia de mujeres, aunque en los círculos de estudios organizados dentro del MER y que sirvieron para compenetrarse en los estudios marxistas sí había, tal fue el caso de Edna Ovalle, que se incorporó posteriormente a la “LCA”.

Las actividades laborales que desempeñaron los progenitores de esta agrupación armada develan un estrato diferente. Destacan: plomeros, sastres, agricultores, comerciantes y obreros. Los lugares de procedencia de los actores también difieren: no es Nuevo León, (que registró 2 de 10, lo mismo que Durango) sino Nuevo Laredo, Tamaulipas, la que aportó mayoritariamente guerrilleros, en relación de 4 de 10 y para la etapa siguiente la tendencia continuó.³⁵

Dos aspectos a destacar conciernen a las ocupaciones que desempeñaron sus militantes. Esta organización se distinguió por estar conformada, en un primer momento, principalmente por maestros normalistas rurales, en relación de 3 de 10; también destaca la participación de al menos 2 obreros ferrocarrileros: Javier Torres Rodríguez e Hilario Juárez García, hecho que no se repite en otras agrupaciones armadas en su fase inicial; seguido de 2 estudiantes de medicina. De los dos restantes no fue posible ubicar su actividad laboral. Por lo tanto, los niveles de escolaridad fueron en su mayoría medios, despuntando profesores normalistas, seguidos de 3 estudiantes universitarios (uno en la UANL y otro en la UNAM y 1 más en la carrera de comercio en la academia Roosevelt de Monterrey), aunque no se pudo precisar el nivel de estudio de los obreros.³⁶

³⁴ AGN, DFS, LLE, declaración de Elías Orozco, 10 octubre de 1973, pp. 184-185.

³⁵ AGN, DFS, LLE: Elías Orozco, 10 octubre de 1973, pp. 183-191; LC-23S: Salvador Corral García Exp. 11-235, Legajo: 6, pp. 35-36 y Miguel Ángel Torres Enríquez, p. 315; Eugenio Garza Sada: Héctor Gutiérrez Martínez, 23 de septiembre de 1973, pp. 56-60, Armando Iracheta Lozano, 23 de septiembre de 1973, pp. 62-63, Crescencio Gloria Martínez, 24 septiembre de 1973, p. 64 y Mónico Rentería, 14 de octubre de 1973, pp. 69-71.

³⁶ Dadas las eventualidades de su participación en la guerrilla el destino de ambos fue trágico. No es posible conocer el nivel académico de ellos. La única alusión proviene de parientes cercanos que revela

Al conformarse el grupo de los “Macías”, la dirección quedó a cargo de Edmundo Media Flores y Salvador Corral García. La nueva faceta del grupo se caracterizó por un énfasis en actividades de acción directa. En gran medida esto provocó deserciones y expulsión de militantes.³⁷ Para este momento el núcleo era ya más pequeño, limitado a 7 miembros quienes se enfocaron de manera exclusiva a acciones político-militares.³⁸

La composición social, en esta faceta urbana, sufrió fluctuaciones aunque no considerables. Además, destaca la preponderancia de Tamaulipas, particularmente las ciudades de Nuevo Laredo, Camargo y Mante, como cuna mayoritaria del cuadro guerrillero. La relación entre sus integrantes y la politización de los mismos obedece fundamentalmente a los nexos creados a raíz de los círculos de estudios estimulados profusamente en el MER, (lugar que fue compartido por todos sus militantes) y en menor medida también incidió la vinculación obrero-estudiantil incentivada por la participación del Frente Democrático Obrero Estudiantil (FDOE) y en un caso particular dentro de la logia AJEF (Elías Orozco).³⁹ A pesar de la defección de algunos de sus activistas, principalmente los profesores normalistas, la vertiente urbana se mantuvo similar, aunque con la integración de dos ingenieros agrónomos provenientes de la Universidad de Tamaulipas, Elías Orozco y Anselmo Herrera Chávez. Este cuadro pasó casi integro, ante la imposibilidad de expandir y cooptar a nuevos elementos, a adherirse a la LC-23S en marzo del 1973.

Liga de Comunistas Armados

Esta organización guerrillera, sin duda, fue la que logró reunir el mayor poder de fuego y desplegar actividades con destacada espectacularidad. Sus diversas incursiones a instituciones bancarias no pudieron ser esclarecidas por los servicios de

un origen en común: profesores. Javier Torres Rodríguez murió en el intento de secuestro de Eugenio Garza Sada, el 17 de septiembre de 1973 y estuvo casado con la maestra: Silvia Valdés de Rodríguez. Por su parte, Hilario Juárez García quien desapareció a los pocos días del evento, sin que a la fecha se tengan noticias de él, su pariente más próximo también fue un profesor: José Eladio Juárez. Ambos docentes de Nuevo Laredo, Tamaulipas. AGN, DFS, LLE, pp. 24-26.

³⁷ Algunos de los planes de la dirigencia consistieron en tratar de infiltrarse entre las clases trabajadoras de la ciudad de Monterrey, particularmente en Fundidora, para implementar actos de sabotaje como método para politizar a los obreros y distraer a la policía mientras se llevaban a cabo “expropiaciones”. A pesar de que estos proyectos no llegaron a materializarse fueron motivo suficiente para que elementos como Armando Iracheta desertara del grupo. AGN, DFS, EGS, declaración de Armando Iracheta, 23 septiembre de 1973, p. 63.

³⁸ El cuadro del grupo guerrillero quedó integrado por elementos enunciados previamente aunque con la incorporación de: Elías Orozco y Anselmo Herrera. Otros elementos desertaron al conocer los planes, proyectos o desviaciones que comenzaba a adquirir la organización.

³⁹ AGN, DFS, LLE, declaración de Elías Orozco, 10 octubre de 1973, p. 183.

inteligencia y mucho menos la identidad de sus militantes. Los lugares geográficos donde desplegaron su acción y establecieron áreas de seguridad abarcaron dos estados principalmente, Nuevo León (específicamente los municipios de Monterrey y Escobedo) y Coahuila (en Saltillo tenían su campo de entrenamiento).⁴⁰ En ambas zonas se dieron a la tarea de levantar una cartografía considerando a tres aspectos: las bases militares, las principales empresas e instituciones bancarias.

El cuadro principal estuvo integrado por jóvenes estudiantes tanto de la Normal del Estado como de la UANL. Como líderes del grupo, por un lado, figuró Ángel Mejía quien nació en 1946 y por el otro, Germán Segovia, sobresaliente alumno de la Facultad de Medicina.⁴¹ El número de activistas que integraron la organización, de acuerdo a los archivos de la DFS, fueron ocho estudiantes (de los cuales sólo dos eran mujeres), cuatro personajes de los que sólo conocemos los nombres pero su participación fue destacada y tres obreros, en total quince militantes.⁴²

Con los datos recopilados se han podido determinar algunas singularidades en el ámbito educativo de sus militantes. Por un lado, los integrantes del grupo, en su sector estudiantil, presentan una movilidad en sus carreras profesionales, simultáneamente cursaban carreras universitarias y normalistas o bien un cambio en dicha preparación primero en la UANL y después optando por la Normal. Además, no fueron las áreas humanísticas como economía y ciencias políticas y sociales de donde surgieron estos guerrilleros, su procedencia fue distinta: mayoritariamente del área médica (cuatro), seguido de la Escuela Normal del Estado (tres), en menor proporción de la Facultad de Agronomía (uno) y Filosofía y Letras (uno) en la UANL.

Un elemento distintivo fue la incorporación de obreros en sus filas. Fue la única agrupación que logró incorporar a sectores proletarios procedentes de una industria distintiva de Monterrey, la Compañía de Acero y Fierro Fundidora. Estos militantes fueron en primer lugar: Fortunato de la Rosa Barrón (nacido en 1942) quien a su vez incorporó a dos más, Hermenegildo Hernández (1937) y José María Uragua Martínez (1944), todos regiomontanos de nacimiento y trabajadores eventuales de dicha factoría.⁴³ A excepción del primero, quien estudió hasta la preparatoria, los niveles académicos a los que tuvieron acceso los demás trabajadores fueron más limitados en comparación con el grueso de la militancia llegando hasta primaria.

Si bien, la LCA estimulaba en gran medida la preparación de sus militantes con base en lecturas teóricas sobre la lucha armada, es posible considerar que, la incorporación de los obreros, pueda vincularse a situaciones inmediatas de su contexto

⁴⁰ AGN, DIPS, Caja: 2566, Exp. 1, p. 5.

⁴¹ AGN, DFS, LCA, Exp. 11-219-72, Legajo: 2, pp. 116-127.

⁴² AGN, DFS, LCA, Exp. 11-219-72, Legajo: 2, pp. 120, 127-128.

⁴³ AGN, DIPS, Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, Exp. 11-219-72, Legajo: 3, 13 noviembre de 1972, pp. 112-118.

laboral en las cuales estuvieron inmersos como la participación en el movimiento obrero sindical ante los reajustes que comenzó a realizar la Fundidora a principio de agosto de 1971 y las campañas que desplegó el grupo FDOE en el cual residían algunos miembros del grupo guerrillero como Tomás Okusono y Edna Ovalle.

No obstante, el sector obrero de la LCA actuó con cierta libertad de la dirección al grado de planificar, a iniciativa de Fortunato, proyectos para expropiar camiones urbanos sin tener las certezas, que posibiliten dilucidar, si se llegó más allá de la fase de planes. Sin embargo tras ciertas desavenencias e irresponsabilidades cometidas por el personaje antes mencionado, el grupo optó por expulsarlo de la organización. A pesar de que continuaron de manera individual, no desplegaron grandes acciones. Se les adjudicaron ciertos “actos de sabotaje en Fundidora”; al menos así se difundió el rumor, estimulado principalmente por un articulista del periódico *Tribuna de Monterrey*, quien apuntó en esa dirección.⁴⁴

Los Procesos

Esta agrupación surgió a finales de 1970. En ella confluyeron doctrinas muy peculiares y que en primera instancia parecerían contrapuestas: el comunismo y el cristianismo. Ambas quedaron dirimidas en la unión de sus principales dirigentes: por un lado, Raúl Ramos Zavala, originario de Torreón, Coahuila, dirigente de la Juventud Comunista en Monterrey, profesor en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, por el otro, Ignacio Salas Obregón, procedente de Aguascalientes, quien provenía de una familia católica, estudiante del ITESM, educado por jesuitas simpatizantes de la Teología de la Liberación, presidente del Movimiento Estudiantil Profesional (MEP), filial de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana.

Ambos individuos vincularon sus liderazgos para iniciar el proceso de “liquidez de la dispersión” conscientes de que la única forma de combatir al régimen era a través de una coordinación nacional que aglutinara los diversos movimientos armados en el país. Así iniciaron la conformación de la mayor organización guerrillera urbana de la década de los setentas la Liga Comunista 23 de Septiembre.

En su primera fase, esta agrupación alcanzó por lo menos 24 militantes; cifra sólo equiparable con las “FLN” en su segunda etapa. Con los datos recopilados se

⁴⁴ A raíz de un accidente acaecido en la factoría el 20 de noviembre de 1971, en el cual 15 obreros perecieron la nota del diario señaló: “Una olla de trescientas toneladas de peso, que contenía 257 toneladas de acero hirviendo corrió, al parecer, fuera de control, se bamboleó, osciló, chocó contra un pasadizo y derramó miles de kilos de lava. ¿Por qué osciló la olla? [...] extraoficialmente corría la versión de que era un sabotaje”. AGN, DIPS, Caja: 1203, Exp. 2, p. 654. Recorte: *Tribuna de Monterrey*, 21 noviembre de 1971, p. 1.

puede observar que casi todos sus militantes nacieron en la década de los cuarentas exceptuando a dos los más jóvenes, Luis Ángel Garza Villarreal (19 años) y Jorge Alberto Hiraes (20 años). De ahí que el promedio de edad al momento de su bautismo de fuego en Monterrey en enero de 1972 fuera de 23 y 24 años.⁴⁵ Esta agrupación mantuvo una tendencia similar a las otras organizaciones con una proporción mayoritariamente masculina, aunque existió una considerable presencia femenina, superior a los demás grupos armados de por lo menos 5 mujeres.⁴⁶

Entre las ocupaciones que realizaron sus padres destacaron, de manera representativa, enfermeras, comerciantes, profesores y médicos.⁴⁷ Por su parte, los lugares de procedencia de los actores sociales fueron los más diversos. En orden descendente: Coahuila, Baja California y Nuevo León.⁴⁸ Invariablemente Monterrey y el Distrito Federal fueron las zonas dónde desplegaron su mayor actividad. Aunado al hecho de que en gran medida, muchos de sus militantes decidieron radicar principalmente en la “Sultana del Norte” como un entorno en el cual cursar sus estudios profesionales.

Los espacios en que comenzaron a vislumbrar y articular el proyecto revolucionario fueron diversos: por un lado aquellos jóvenes de izquierda en proximidad a las Juventud Comunista; por otro los de derecha en las reuniones estimuladas por los sacerdotes progresistas en la Organización Cultura Universitaria (OCU). Tanto los unos como los otros encontraron en los recintos universitarios un lugar idóneo de convergencia y preparación política. Si se observa con detenimiento las actividades a las que se dedicaban los militantes de los “Procesos” invariablemente destacan tres ocupaciones: profesores de educación media y superior (10 de 24), profesionistas (3 de 24) y estudiantes universitarios (9 de 24).⁴⁹

⁴⁵ AGN, DFS, Expedientes: Raúl Ramos Zavala y José Luis Sierra Villarreal, declaración de Rhi Sausi, 18 enero 1972, pp. 5-9, Ricardo Morales Pinal, 20 enero 1972, pp. 16-17, Luis Ángel Garza Villarreal, 10 febrero de 1972, pp. 18-24,28, José Sierra Villarreal, 18 febrero de 1972, pp. 28-31,34; LC-23S, declaración de Ignacio Olivares Torres, Exp. 11-235, Legajo: 6, pp. 35-36, Ignacio Salas Obregón, Exp. 11-235-74, Legajo: 11, p. 160, Gustavo Hiraes Morán, Legajo: 1, pp. 52-61, Pedro Miguel Morón Chiclayo, Exp. 11-235-74, pp. 1-8 y Juan Carlos Flores Olivo, Exp. 11-235-74, Legajo: 14, p. 235; AGN, DIPS, Caja: 0943, Legajo: 1, pp. 114-129; Caja: 1479-B, Exp. 34, pp. 1-8.

⁴⁶ Sus actividades fueron diversas: desde labores de observación e inteligencia, preparación militar hasta desviar a las corporaciones policiacas, a través de denuncias falsas, mientras se llevaban a cabo expropiaciones. AGN, DIPS, Caja: 943, Exp. 1, p. 144.

⁴⁷ El caso más representativo es el de Ignacio Salas Obregón, quien provenía de una familia con un nivel socioeconómico bastante holgado, al igual de aquellos estudiantes que habían ingresado al ITESM como José Luis Sierra Villarreal. AGN, DFS, Ignacio Salas Obregón, Exp. 11-235-73, Legajo: 11, p. 172.

⁴⁸ Del resto figuran entidades como Aguascalientes, Tamaulipas, Nayarit, Sonora, Distrito Federal, Guerrero y en un caso particular un extranjero de nacionalidad peruana: Pedro Morón Chiclayo. AGN, DFS, LC-23S, Exp. 11-235-74, pp. 1-8.

⁴⁹ Expedientes: Raúl Ramos Zavala y José Luis Sierra Villarreal, declaración de Rhi Sausi, 18 enero 1972, pp. 5-9, Ricardo Morales Pinal, 20 enero 1972, pp. 16-17, Luis Ángel Garza Villarreal, 10 febrero de 1972, pp. 18-24,28, José Sierra Villarreal, 18 febrero de 1972, pp. 28-31,34; LC-23S, declaración de

De lo anterior se desprende una peculiaridad de esta agrupación: el increíble trabajo teórico que desplegó. Aunque esta singularidad no fue casualidad dado el grado de preparación académica de los militantes que superó, por mucho, a las otras organizaciones guerrilleras. Destacan por ejemplo: estudiando una carrera profesional (8), con licenciatura (8), incluso contó con personal cursando el grado de maestría (5).⁵⁰

Los espacios académicos de los que procedieron los militantes de los “Procesos” abarcaron diversas instituciones de educación superior en el país, principalmente la UANL y el ITESM aunque también, en menor medida, el IPN y la UNAM. Las áreas preponderantes fueron las humanidades, tanto la Facultad de Economía, Ciencias Sociales y Química, las cuales aportaron la cuota mayoritaria de sus activistas, al grado que en Monterrey fueron definidos por sus coetáneos como el grupo de los economistas. Por el ITESM destacaron Ingeniería Eléctrica y Civil.⁵¹ Resulta particularmente interesante la compenetración de los vínculos dentro del mismo grupo. Los nexos entre sus integrantes, al menos en el cuadro de la dirigencia principal, se dieron en función de lazos interpersonales (amistad, compañerismo o noviazgo). Los precursores de los “Procesos” se conocieron a raíz de una militancia activa y combativa en la JCM, eventualmente sumaron a miembros de la OCU y cobraron mayor fuerza con motivo de la lucha por la autonomía universitaria.

Sin embargo, al momento de pasar a la acción directa, entre los elementos más nuevos o de recién ingreso, no se había generado una cohesión tan fuerte y estrecha, como las otras organizaciones armadas. Para algunos militantes las expropiaciones fueron el punto de encuentro. Por tanto la “camaradería” fue algo endeble. Incluso Hirales Moran confirma el dato: “nuestros lazos orgánicos con el grupo no eran lo suficientemente sólidos” (Palacios, 2009, p. 151). En un primer momento, los “Procesos”, no desdeñaban el posible papel de actividades dentro del campo de la lucha social legal pero su particularidad residió en que éstas debían estar respaldadas por un grupo de autodefensa armado (Ramos, 2003, p. 30). No obstante, la representatividad de los sectores proletarios no figura. Al menos en esta primera fase, es nula. La base de la organización comprendió esencialmente a profesores universitarios y estudiantes. Sin embargo, a la larga y tras la conformación de la LC-23S, fue el grupo guerrillero que más esfuerzos invirtió en la “educación del proletariado” como tarea principal a través de su periódico *Madera*.

Ignacio Olivares Torres, Exp. 11-235, Legajo: 6, pp. 35-36, Ignacio Salas Obregón, Exp. 11-235-74, Legajo: 11, p. 160, Gustavo Hirales Morán, Legajo: 1, pp. 52-61, Pedro Miguel Morón Chiclayo, Exp. 11-235-74, pp. 1-8 y Juan Carlos Flores Olivo, Exp. 11-235-74, Legajo: 14, p. 235; AGN, DIPS, Caja: 0943, Legajo: 1, pp. 114-129; Caja: 1479-B, Exp. 34, pp. 1-8.

⁵⁰ Entre ellos se encontraban Ignacio Olivares Torres, José Luis Rhi Sausi, Rosalbina, Ruiz Díaz y Morales Pinal.

⁵¹ AGN, DFS, declaración de José Sierra Villarreal, 18 de febrero de 1972, p. 28.

Tabla 2 Ocupaciones de los guerrilleros urbanos en el caso regiomontano

| Profesiones | FLN | Macías | LCA | Procesos |
|-----------------|------------|------------|------------|------------|
| Maestros | 1 | - | - | 10 |
| Profesionistas | 2 | 2 | - | 3 |
| Estudiantes | | | | |
| - Preparatoria | 1 | - | - | - |
| - Universidad | 5 | 1 | 8 | 9 |
| Médicos | - | 1 | - | 1 |
| Obreros | - | 2 | 3 | - |
| Desconocidos | 1 | 1 | 4 | 1 |
| Total: | 10 | 7 | 15 | 24 |
| Mujeres: | (1) | (0) | (2) | (5) |

Fuente: Elaboración propia

Conclusiones

En el caso regiomontano las juventudes universitarias fueron el sector que nutrió en mayor medida a los grupos guerrilleros. Cabe destacar que antes de asumir la vía armada estos actores participaron en los movimientos por democratizar las instituciones de educación superior. Sin embargo, la constante represión estatal y el incremento de la violencia oficial, que experimentaron en carne propia, terminó por evidenciar en ellos que la transformación política por la vía democrática estaba cerrada. Por tal motivo, estos actores sociales, al igual que muchos otros jóvenes en el país, en gran medida una generación marcada por el fuego y las bayonetas, buscaron formas alternativas para modificar la realidad. Para quienes se adhirieron a la guerrilla urbana la resolución era contundente, no había otro camino que la lucha armada.

Por consiguiente, los grupos armados que surgieron en Monterrey compartieron no pocas similitudes. Como se puede apreciar, a través del perfil particular de las organizaciones guerrilleras, el compromiso revolucionario fue exclusivo de una reducidísima minoría conformada principalmente por jóvenes, mayoritariamente de sexo masculino; aunque también había presencia de mujeres en menor proporción y con destacada participación. Asimismo, los protagonistas de la eclosión guerrillera provenían de las clases medias y habían tenido acceso a una educación superior, aunado al hecho de los altos y sobresalientes niveles de estudio alcanzados por sus militantes y ninguno con antecedentes penales. Entre las profesiones de sus padres subyacía una preponderancia de profesores, ingenieros y doctores, en menor

medida personal asalariado. De ahí que no sea inverosímil concebir al grueso de la militancia como individuos pertenecientes a un estatus privilegiado.

Al pasar a la acción directa afirmaron una toma de consciencia esencialmente política y emprendieron una acelerada carrera por la adquisición de fondos (a excepción de las FLN que en su lugar recurrió a las colaboraciones) para el desarrollo y mantenimiento de la estructura clandestina además del adiestramiento de sus militantes. Estas actividades quedaron enmarcadas, desde la perspectiva revolucionaria, en el “hostigamiento hacia el enemigo”. De tal manera que las actividades expropiatorias de recursos económicos no obedecían a patrones de criminalidad o deseo de retribución monetaria para sus partícipes, lo cual permite cuestionar la imagen criminal creada por el Estado mexicano y sociabilizada en los medios de comunicación que ayudó a cimentar una especie de *leyenda negra* en torno a la irrupción social armada.

Por consiguiente, al abordar el fenómeno de las guerrillas urbanas se debe ser cauteloso y no proceder a “pensar de manera policiaca” como si el movimiento guerrillero fuera producto de la sinrazón. Por el contrario, se debe buscar su comprensión como un proceso susceptible de inteligibilidad para poder ofrecer una idea comprensiva, más no de justificación, de aquel fenómeno social desprovisto de todos los vicios que el mismo sistema le endilgó. Para ello, es necesario escribir la historia a contrapelo y reconstruir el pasado desde el punto de vista de los vencidos.

REFERENCIAS

Archivo General de la Nación (AGN)

Fondo Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales.

Caja: 1503-A, Legajo: 2, 19 abril de 1967. Caja: 466, Legajo: 1, 15 agosto de 1967.

Caja: 1501-A, Legajo: 1, 29 y 30 de mayo de 1967; 9 y 25 de marzo de 1968; 3 de abril de 1968. Caja: 818, Exp. 1. Caja: 2566, Exp. 1. Caja: 1203, Exp. 2. Caja: 943, Exp. 1. Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, Exp. 11-219-72, Legajo: 3, 13 noviembre de 1972.

Fondo Dirección Federal de Seguridad

Fuerzas de Liberación Nacional. César Yáñez Muñoz. Instituto de Intercambio Cultural México Cuba. Liga Leninista Espartaco. Eugenio Garza Sada. Liga de Comunistas Armados. Raúl Ramos Zavala. José Luis Sierra Villarreal. Procesos. Liga Comunista 23 de Septiembre.

Entrevistas

Severo Iglesias en Monterrey, Nuevo León, México, 21 de mayo de 2014.

Prensa

El Ciudadano, Monterrey, 1971.

Tribuna de Monterrey, Monterrey, 1971.

Bibliografía

- Aguilar, H. (1990). *A la sombra de la Revolución Mexicana*. México: Cal y Arena.
- Allier, E. (2009). «Presente-pasado del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007». *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (2), pp. 287-317.
- Álvarez, R. (2002). *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68*. México: Ítaca.
- Castellanos, L. (2007). *México Armado 1943-1981*. México: ERA.
- Cedillo, A. (2008). *El fuego y el silencio. Historia de las fuerzas de Liberación Nacional Mexicanas, 1969-1974* (tesis de licenciatura inédita). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Flores, O. (2008). Del movimiento universitario a la guerrilla. El caso de Monterrey (1968-1973). En V. Oikión y M. García, (eds.), *Movimientos armados en México en el siglo XX* (pp. 461-494). Morelia: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, Colegio de Michoacán.
- (2011). *La Autonomía Universitaria 1968-1971*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Gamiño, R. (2011). *Guerrilla, represión y prensa en la década de los setentas en México. Invisibilidad y olvido*. México: Instituto Mora.
- González, H. (1946). *Siglo y medio de Cultura nuevoleonesa*. México: Botas.
- González, R. y Flores, S. (2003). *Historia de la Facultad de Derecho y Criminología de la UANL, 1824-2002*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Hobsbawm, E. (2010), *Revolucionarios*. España: Crítica.
- Hollingsworth, T. (1983). *Demografía histórica. Como utilizar las fuentes de la historia para construirla*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Iracheta, A. (1979). *Proceso 211/73: un proceso excepcional, culpable todos*. México: Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones.
- López de la Torre, C. F. (2014). Contra el allendismo. Las derechas mexicanas y su apoyo al golpe de Estado en Chile. En *Revista Izquierdas*, (20), pp. 1-26.
- Medina, F. (1981). *El Grupo Monterrey y el Estado mexicano (1970-1976)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Mendirichaga, R. (1982). *El Tecnológico de Monterrey*. México: Castillo.

- Mendoza, J. (2004), *El conocimiento de la memoria colectiva*. Tlaxcala: Universidad de Tlaxcala.
- Meyer, L. (2007). La posrevolución mexicana: caracterización e interpretación de las formas de control político autoritario. En E. Florescano (coord.), *La política en México*. México: Taurus, pp. 117-144.
- Montemayor, A. (1971). *Historia de Monterrey*. México: Asociación de Editores y Libreros de Monterrey.
- Ortiz, A. H. (2012). *Crónicas Sexagenarias*. México: UANL.
- Palacios, B. (2009). *Héroes y Fantasmas: la guerrilla mexicana de los años 70*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Polese, M. y Pérez, S. (1995). Integración económica norteamericana y cambio regional en México. En *Comercio Exterior*, 45 (2), pp. 132-139.
- Pozas, R. (2001) El quiebre de siglo en los años setentas. En *Revista Mexicana de Sociología*, México. 63 (2), pp. 169-191.
- Ramos, R. (2003). *El proceso revolucionario*. México: Huasipungo.
- Regalado, J. (2014). Guerrilla urbana, guerra sucia y desaparecidos políticos. En A. Rentería, J. Zamora, et al. *Más allá de la decepción y la utopía: Resistencias antiautoritarias en Jalisco (1968-2013)*. Guadalajara: Grietas.
- Ruiz, C. (2008). *La Autonomía de la Universidad de Nuevo León*. México: Grupo Impulso Cultural.
- Scott, J. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era.
- Spenser, D.(2008). La Nueva Historia de la Guerra Fría y sus implicaciones para México. En V. Oikión y M. García, (eds.), *Movimientos armados en México en el siglo XX* (pp. 99-110). Morelia: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social/ Colegio de Michoacán.
- Zermeño, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI Editores.